

LIBROS

Francisco Ayala, creador siempre

El escritor trabaja con el lenguaje, «vehículo de la expresión estética, pero también de la expresión racional», afirma Ayala en uno de sus ensayos. Por ello, cuando se lo propone, el creador literario es capaz de analizar muy profundamente la obra de los otros, o la propia. A veces —añadamos— el creador de obra de imaginación hace de sus ensayos críticos, de sus investigaciones, de su interpretación de textos, auténticas obras de creación. Tal es, a mi juicio, el caso de Ayala, creador de obras de imaginación; creador, asimismo, de teoría literaria, de ensayos en torno a temas diversos, de investigación y crítica en el campo de la literatura, clásica o moderna, española o extranjera, crítico de su propia obra...

Todo comentarista que en la hora actual pretenda acercarse a la obra de Ayala tiene que comenzar apuntando un fenómeno de carácter extraliterario: se trata del tardío descubrimiento en España de uno de nuestros más importantes narradores contemporáneos. Las causas —el largo exilio del escritor y la prohibición, hasta hace muy poco de su obra en nuestro país— son de sobra conocidas.

Pues bien, en un volumen de ensayos que acaba de aparecer, otra faceta de Ayala, desconocida aún por muchos españoles, se manifiesta claramente: la de excelente teórico, investigador y crítico de la literatura. Bajo el título *Teoría y crítica literaria* (1) reúne Ayala la mayor parte de sus escritos de carácter ensayístico: consideraciones sobre el escritor y el mundo en que vive; reflexiones muy profundas sobre el arte narrativo, y comentarios en torno a otras artes; ensayos de investigación y crítica literaria... Me parece labor inútil intentar resumir en estas breves notas el contenido del extenso volumen de ensayos, y to-

talmente improcedente discutir algunos puntos de vista expresados por el autor, con los cuales el lector puede no estar de acuerdo. En estas páginas he preferido señalar lo que a mi entender es fundamental en el Ayala crítico de la literatura; a esta faceta suya procuraré ceñir mis comentarios.

A mi juicio, es importante considerar el método crítico ayaliano; su forma de aproximación a la obra estudiada. Y, asimismo, señalar lo que a través de su método logra alcanzar.

Ayala —digamos en términos generales— se sitúa en un punto intermedio entre aquellas tendencias que pretenden

les ideas —sobre el ser humano, sobre estética, sobre política y sociedad...— al acercarse a una obra creada no proyecta en ella su personal ideología para juzgarla y estudiarla. Guiado, en primer término, por una gran intuición, es capaz de penetrar hasta el fondo de la creación de los otros sin conceptos preconcebidos, y analizarla sin aplicar teorías previas. Cada objeto de arte parece tener para Ayala su propia luz: una vez percibida, ella iluminará el camino del crítico. El primer gran hallazgo de éste será, pues, el intuirlo. El método ayaliano comienza, a mi ver, en la búsqueda del principio: en la búsqueda

de un mero esquema inacabado; y poniendo de manifiesto, igualmente, ciertos rasgos contradictorios en el carácter del «mozo de muchos amos», que revelan que su autor no llegó a perfilarlo del todo. No se piense, sin embargo, que la crítica es negativa. Por el contrario, los fallos, inevitables en el momento en que la obra se escribió, realzan los grandes logros de Lazarillo, definitivo eslabón entre el cuento primitivo y la novela moderna. En el caso del *Quijote* acepta Ayala que la obra cervantina es la «primera novela moderna». Pero antes de hacer propia esta opinión, compartida por muchos, emprende un detallado análisis del porqué de esa modernidad, estudiando la obra, principalmente, en su compleja estructura. En su aproximación a Quevedo creo que Ayala parte fundamentalmente del estudio del lenguaje de los personajes quevedescos para llegar a entender no sólo la cosmovisión de don Francisco, sino incluso para iluminar algunos rasgos de la difícil y controvertible personalidad de este escritor.

Me parece que no caeré en contradicción si afirmo que, a pesar de la objetividad innegable del Ayala crítico, a través de sus estudios literarios percibimos su personalidad humana. En su crítica —que, como insisto en señalar, no parte de teorías preconcebidas— está la sensibilidad de Ayala hombre. Es más, sus estudios literarios iluminan tanto su obra imaginativa que, de hecho, me parece que para entender su personalidad total no basta con conocer su obra narrativa; es preciso también conocer su obra crítica que, con frecuencia, es a la vez crítica de obras ajenas, y autocrítica.

Es importante señalar el hecho de que el narrador y el investigador de la literatura nacieron por las mismas fechas, allá por la década de los veinte. Desde el primer momento, el Ayala que crea, medita sobre la creación. Si nos propusiéramos —siguiendo un orden cronológico— comparar al creador y al crítico, acaso no nos fuera difícil concluir que ambos campos se complementan. En ambos, se parte de una intuición —una idea, un personaje...— y sobre ésta actúa seguidamente la reflexión. La diferencia de los resultados estriba en que en la obra de imaginación el autor plantea los supuestos, silenciando la solución, que ha de ser descubierta por el lector. Esa solución puede convertirse en punto de reflexión sobre la propia obra, o sobre obras ajenas. Ejem-

plo ilustrativo de ello podría serlo el ensayo titulado *Para una semblanza de Quevedo*. Como apunté, Ayala parece mirar siempre a los personajes quevedescos —sean antes de ficción, o sea, el propio poeta ficcionalizado—, observando, sobre todo, su lenguaje para interpretar la obra e incluso la personalidad del autor. Mas la clave de aproximación a Quevedo —creador de esos deslenguados y cínicos personajes que el autor pone como una espesa cortina entre él y el lector—, quizá la intuyó Ayala, observando críticamente a la criaturas suyas que circulan por casi todas sus obras narrativas, y tras las que él —Francisco Ayala— quiere, con frecuencia, ocultar su propia personalidad. Una personalidad cuyos rasgos coinciden bastante con aquellos que ve en el alma de Quevedo, a la que califica —aunque a primera vista nos parezca extraño— de «tierna», «pudorosa», «tímida»...

En Francisco Ayala hay también un yo «tierno, pudoroso, tímido». Una lectura apresurada de su obra de imaginación anterior al último libro, *El Jardín de las delicias* (1970) podría hacernos creer que estamos ante un cínico. La timidez, disfrazada de cinismo da un resultado literario, el humorismo, que, a su vez, es una forma de moralismo. Un examen más detenido de las ficciones ayalianas acaso nos permita adivinar todo lo que Ayala es y había tratado de esconder del lector, hasta la aparición de la citada última obra de imaginación: un escritor cuyo gran problema es la condición humana; un ser profundamente sensible, no exento de timidez, que, en cierta forma —utilizando el término en un sentido muy amplio— moraliza, con un humorismo que oculta su finura bajo apariencias grotescas.

Toda la sensibilidad que Ayala se empeñaba en esconder surgió, sin embargo, en forma incontestable en *El Jardín de las delicias*, libro que acaso puede haber sorprendido a muchos lectores; su libro de imaginación más logrado, en mi opinión personalísima.

El yo tierno, pudoroso, tímido de Ayala, expresado sin velos en las narraciones de su obra última y sutilmente velado en las narraciones de los libros anteriores, está presente, en forma clara, en sus ensayos de teoría, investigación teórica, en forma clara, en sus ensayos, reveladores de una gran sensibilidad unida a una asombrosa —utilizo el calificativo con plena conciencia de mi decir— inteligencia. ■ AURORA DE ALBORNOZ.



explicar la literatura únicamente como producto de un tiempo histórico determinado, o como reflejo de una particular psicología de su autor, etcétera —es decir: sociologismos, psicologismos...—, y el extremo opuesto: las tendencias que quieren explicar la obra en sí, despojada de la personalidad de su autor y de las circunstancias en que se produjo. La mirada crítica de Ayala enfoca el producto en sí: la obra como objeto nuevo, inexistente antes de ser creado. Mas no pierde de vista al creador: un determinado individuo, con una personalidad única, y conformado por un determinado ambiente social e histórico. Aun partiendo siempre del objeto artístico, Ayala toma en cuenta el peculiar carácter del autor, y el momento en que se produjo.

Pese a que el individuo Francisco Ayala —hombre y escritor— tenga sus persona-

queda de aquello que hace que un objeto artístico sea así y no de otra manera. Cuando ese hallazgo —que es intuitivo— se produce, la inteligencia, la claridad expresiva, y una erudición que Ayala se empeña en disimular muy bien, logran que la crítica no sea ni mero comentario a un texto, ni vagas disquisiciones sin sentido, sino una nueva creación, estética y racional al mismo tiempo.

El lector de los ensayos de Ayala acaso pueda captar lo arriba apuntado al acercarse a ejemplos concretos. Pienso —limitándome a los clásicos— en los análisis de *Lazarillo de Tormes*, del *Quijote*, o de la obra de Quevedo. Creo que el camino hallado por Ayala para aproximarse al *Lazarillo* es el «pre-sentir» la obra como novela «no terminada», y estudiarla poniendo de manifiesto el contraste entre unos capítulos —perfectamente hechos— con otros que ve

(1) Editorial Aguilar, Madrid, 1971. La misma editorial publicó en México la obra narrativa de Ayala (*Obras narrativas completas*, 1969), volumen que ha tenido —y creo tiene aún— dificultades de difusión en España.